

“¡No entiendo nada!”
Impacto de la pandemia Covid19 en la Clínica Psicomotriz.

Psicom. Claudia Ravera (Uruguay)
Trabajo presentado por zoom, año 2020

A partir de la expresión verbal de un paciente durante una sesión por videollamada ("No entiendo nada!"), intento abordar el impacto que está teniendo en la Clínica Psicomotriz, la Pandemia del Covid-19 que estamos viviendo. Pandemia que nos alerta de nuestro desamparo y fragilidad como especie, así como de nuestra necesidad real y visceral de estar juntos y próximos.

Hace unos 5 meses, comenzamos a saber que un virus muy contagioso había pasado de Asia hacia Europa. La llegada a nuestro país de los cuatro primeros casos fue en el mes de marzo, llegaban desde Europa. En ese momento veíamos la velocidad con que se diseminaba el virus en Italia y España principalmente. Los noticieros ocupaban toda su transmisión con el tema del “coronavirus”. Comenzamos a vivir un clima de tensión e incertidumbre, hasta que llegaron las primeras medidas sanitarias dictadas por el gobierno: estado de emergencia sanitaria, con cuatro casos de coronavirus el cierre de los centros educativos a dos semanas de haber comenzado el ciclo escolar, pedido a la población de mantenerse en sus hogares dentro de lo posible, y que al salir hicieran un uso responsable de sus libertades. Han transcurrido 3 meses, no hubo hasta ahora necesidad de cuarentena obligatoria y se está programando el regreso progresivo a la actividad escolar y laboral, mientras tanto surgen nuevos brotes en la frontera seca con Brasil.

1) Impacto de la pandemia por covid19 y de las medidas sanitarias necesarias.

Quienes tuvimos el lujo de permanecer en nuestras casas, así lo hicimos. Y todo cambió de golpe, para la humanidad entera, sin distinción. Nuestra forma de ser y estar en el mundo se modificó desde el punto de vista espacial, temporal, laboral, económico, y sobre todo la relación de nuestro cuerpo con los cuerpos de nuestros vínculos más significativos y también con los cuerpos de todos nuestros semejantes. Este cambio impactante -del que no sabemos cuánto tiempo perdurará y menos aún cómo continuará- no sabemos qué secuelas dejará.

Como especialistas en observar y trabajar “el cuerpo en relación con”, consigo mismo, con el espacio, con el tiempo, con los objetos, con las demás personas, con nuestro entorno ecológico, tal vez podamos aportar ricos comentarios acerca de los cambios en:

Relación con el espacio de contacto corporal intersubjetivo

Hemos tenido que renunciar por un período para luego modificar, nuestro espacio de contacto corporal intersubjetivo con las personas más significativas, así como el espacio de encuentro potencial con desconocidos.

No puedo dejar de pensar en los aportes de Daniel Stern acerca del repertorio materno y del bebé, coreografía no-verbal que conforman una danza en los encuentros y desencuentros propios de toda díada. ¿Por qué? Porque la construcción de la proximidad como espacio íntimo donde sólo dejaremos entrar a aquellos con los que deseamos entrar en contacto corporal, se construye en nuestros primeros vínculos y es algo para toda la vida. Lo mismo podríamos decir del juego que se da en el espacio de aproximación/alejamiento, con las demás personas. ¿Podremos aprender a bailar con distancias más grandes? ¿A qué costo?

Relación con el espacio exterior vivido como peligroso

Nuestra necesidad de exploración y disfrute, más allá de nuestros espacios seguros, es inherente a nuestra condición de seres vivos. De golpe ese inmenso espacio de libertad, desapareció. Y en su lugar apareció un espacio vivido como peligroso. Se ha transformado nuestra forma de habitar con nuestros cuerpos en movimientos espacios exteriores con libertad y confianza.

Nos refugiarnos en casa a esperar, viendo por los informativos el comportamiento del virus y de nuestra sociedad. Sin embargo para muchos fue posible “salir de casa”, viajando hacia otros espacios imaginarios ya sea leyendo, viendo buenas películas, o viajando hacia espacios virtuales gracias a internet.

Relación con la temporalidad

El tempo no es el tiempo. Una de las bondades de esta pandemia ha sido el regreso hacia el tempo del encuentro en el hogar, llegando a ser molesto el ajustarse al tiempo del reloj y del calendario.

El espacio/tiempo del hogar se encuentra ahora densamente concentrado. Es ahora también del trabajo virtual, de nuestra socialización virtual, de la escolaridad y socialización virtual de nuestros niños. A esto se suman las normales rutinas para el cuidado de la casa, la higiene, la alimentación, el sueño, etc.

Relación con nuestro propio cuerpo.

No sólo se han transformado nuestras formas de ser-estar corporal juntos a los otros, sino también nuestras emociones, ritmos de alimentación y sueño, vestimenta diaria, rutinas de higiene, etc.

El uso obligatorio del barbijo para determinadas situaciones hace que tengamos que re-construirnos en nuestra expresividad facial en el encuentro con los otros. Cada día vamos descubriendo que nuestra mirada y movimientos de cabeza, ademanes, pueden ser capaces de desplegar una coreografía agradable que logre transmitir gestos de boca y cara que están ocultos. La voz por su parte queda disminuida al estar tapada la boca, pero sobre todo al no poder ser percibida junto a los movimientos de la boca con los que conforma una unidad. Sin duda los ademanes compensan con creces esta falta. Hemos reactivado aspectos del repertorio materno en el encuentro no sólo con los niños sino también con los adultos, para poner emoción y relieve al placer de estar juntos y comunicarnos.

Relación con los objetos:

Vivimos una realidad que por el momento, ha detenido el vértigo del consumo, la búsqueda de la instantaneidad, y la fugacidad de los vínculos. La pausa y la incertidumbre, condimentos más que valiosos para sacudirnos hacia la reflexión, la imaginación y la creatividad, no deberían pasar sin dejar una profunda huella para seguir caminando con otros pasos.

Hemos aumentado el cuidado de los objetos que nos rodean y valorado su existencia.

Si todos estos cambios que como adultos estamos tratando de asimilar, despiertan en nosotros angustia y ansiedad, ¿qué será de nuestros niños?

2) ¿Será posible continuar con el abordaje clínico psicomotor de nuestros niños?

Hoy podemos decir que luego de tres meses de trabajo con niños y familias a través de videollamadas, hemos podido sostener a muchas familias y a través de ellas a sus hijos, hemos podido dar continuidad al vínculo establecido con el niño, y estamos intentado aproximarnos tímidamente y de una manera inédita, a los objetivos terapéuticos planteados en cada niño. Hemos transitado por muchos conflictos y angustias.

Nuestra resistencia al uso de las pantallas

Una vez que comenzamos a aislarnos, a permanecer en nuestras casas la mayor parte del tiempo con un mínimo de contacto con el exterior, sin ver a nuestros seres queridos, sin salir a trabajar, comenzamos a pensar cómo seguir adelante conviviendo con esta realidad.

La única y extraordinaria forma de conexión posible era a través de internet que gracias al trabajo de años de gobernantes de nuestro país, cuenta con una excelente red de wifi, teniendo la mayoría de las familias uruguayas dispositivos digitales. En el caso de los niños de las escuelas públicas les es dado en forma gratuita (tableta del Plan Ceibal) y en el caso de los adultos mayores también (tableta del Plan Ibirapitá).

Muchas personas ya trabajaban por teletrabajo pues sus actividades eran posibles de ser llevadas a cabo de esta manera: contadores, escritores, empleados de empresas, diseñadores gráficos, pero ¿qué de quienes trabajamos con el cuerpo en presencia?: médicos, odontólogos, fisioterapeutas, psicomotricistas, etc.

Como psicomotricistas el rechazo a trabajar a través de la pantalla era muy fuerte. Nos parecía inviable, sobre todo cuando habíamos visto tantos niños con sufrimiento a nivel corporal muy relacionado con la soledad frente a las pantallas, la ausencia de sus padres, la indiferencia de algunos padres a lo que los niños podían acceder a través de las redes. Dimos charlas a los padres, en colegios, en congresos, en jornadas, en seminarios, hablando de los efectos negativos de las pantallas, y de la necesidad de un uso responsable de las mismas y del necesario compromiso de los padres y educadores.

En esas charlas insistíamos, basándonos en el libro “El peligro de la Televisión en los bebés” de Serge Tisseron, en los resultados de investigaciones que demostraban dentro

de los efectos negativos del uso de las pantallas antes de los tres años de vida, es decir del acceso a la representación mental y a una comprensión de la narrativa visual y verbal, alteraciones en:

- construcción de la imagen de sí y de su familia
- adquisiciones lingüísticas y
- modelos internos que reflejan su relación con el mundo. Fragilidad en el sentimiento de sentirse en el mundo y de pertenecer a una familia.

Serge Tisseron resume esta dramática situación, en cuatro grandes problemas a los que se enfrenta el niño pequeño enfrentado a la televisión durante horas:

1. El lugar del cuerpo
La televisión desvía al bebé de la realización de actividades a través de sus cinco sentidos y por lo tanto de la conciencia de su propio cuerpo.
2. La excitación
Riesgo de interiorizar en su personalidad en formación el ritmo rápido de colores y de sonidos
3. Espejo cautivante
Riesgo de que la pantalla se constituya en un espejo privilegiado de interacción.
Este peligro es el mas grande, pues las pantallas incitan siempre al niño a una relación de familiaridad, de confianza y por que no decirlo de apego, en todos los puntos semejante a la que ellos establecen con los seres humano.
4. Enquistar identificaciones

A estas investigaciones se sumaba nuestra observación a nivel clínico: un aumento de consultas de niños con desviaciones de su desarrollo que presentaban un lenguaje con un léxico y una prosodia televisiva. La gran mayoría habían sido expuestos tempranamente y durante horas a las pantallas. Una vez diagnosticados, se les había indicado “pantallas cero”, y luego de un síndrome de abstinencia, y de iniciados los tratamientos, comenzaban en muchos de ellos, a crearse nuevas formas de ser y estar juntos padres e hijos.

Pero, a pesar de nuestro rechazo por el uso de las pantallas, no tuvimos más remedio que amigarnos con ellas, pues era nuestra única salida posible. En principio nos propusimos sostener a las familias y tras de ellas a los niños. Comenzamos a enviar mensajes a los padres, textos escritos, ideas para trabajar en casa, llamadas telefónicas, entrevistas por videollamadas.

Sostén de los psicomotricistas entre sí.

Espontáneamente surgió la necesidad de crear un grupo (vía WhatsApp/Instagram) de co-construcción entre psicomotricistas que nos dedicamos al abordaje clínico pero también al educativo y al comunitario.

Fue así que desde hace tres meses hacemos reuniones todos los viernes por zoom tratando con mucha seriedad temas importantes que tienen que ver con este momento.

Actualmente somos más de 400 psicomotricistas en el grupo. Tenemos un horario que debe ser respetado, así como la temática que se vuelca en el chat debe ser específica. El grupo se cierra para descansar, los fines de semana y los días feriados. Todos los días se abre a las 9 de la mañana y se cierra a las 21 hs. Cuando se quiere hacer circular información sobre actividades virtuales, deben antes pasar por una especie de comité científico que evalúa si esas actividades están dentro de la línea de la Psicomotricidad que nosotros abrazamos.

Al inicio de la pandemia, el sentimiento de la mayoría de las/los colegas, se podía expresar en una palabra que se reiteraba: “estoy agotada/o”, “los niños quieren volver a la sala”, “¿qué va a pasar con nuestro trabajo?”. Actualmente hay una catarata de ideas creativas que compartimos y gracias a las cuales mantenemos el entusiasmo, la vitalidad, la esperanza junto con familias y niños.

El valor de este grupo como matriz de apoyo está siendo incalculable. ¡Gracias colegas!

Vimos que los padres estaban desbordados en las casas ocupándose de trabajar, de atender a los hijos, de cuidar la casa, cocinar, limpiar, empezar con las tareas que enviaban desde la escuela. Pero a la vez estaban satisfechos de estar más tiempo con sus hijos, en tareas de cuidado y protección.

Sostén de Familias:

Fueron pocos los padres que no aceptaron los encuentros virtuales, la mayoría lo aceptó y la alianza terapéutica fue fundamental. Las entrevistas con los padres se realizan en horarios tarde en la noche, o utilizamos el teléfono para intercambiar sobre la evolución de los niños/as en casa.

Algunos padres nos decían al principio: “estamos en un caos”, “estamos desbordados”, “angustiados porque estamos en seguro de paro”, “se me funde el negocio”, “nuestros hijos no hacen las tareas que les mandan de la escuela” “se van a atrasar en el aprendizaje”.

A medida que transcurrían los días, comenzamos a escuchar otros matices: “Esta pandemia nos vino bien”, “hacemos muchas más cosas juntos”, “no ayuda con las tareas de la casa pero está jugando mejor con el hermano”, etc.

Sin embargo ahora que nos aproximamos al regreso progresivo de la presencialidad, vuelven a escucharse quejas y temores.

El trabajo con los niños/as a través de videollamadas:

Tanto nosotros como nuestros niños tuvimos que transitar muchos conflictos para poder llegar a un encuentro intersubjetivo y a una disposición a través de la cual continuar con nuestros objetivos terapéuticos.

Inquietud, Aparición y desaparición

Las primeras reacciones de los niños en el encuentro virtual fueron impredecibles: algunos se volvieron muy difíciles, otros nos sorprendieron con una gran facilidad para continuar nuestro encuentro y diálogo intersubjetivo. Y estas variables no tenían que ver precisamente con las características psíquicas del niño.

A varios les costaba mantenerse frente a la pantalla, saliendo y entrando, yéndose por diferentes espacios de la casa. No todos podían mantener el encuentro cara a cara, traían muchos objetos, se tapaban la cara, etc.

Si bien intentábamos estar a solas con el niño, era necesario sobre todo al principio, un adulto acompañante que ayudara con los materiales que requeríamos o con el dispositivo digital a utilizar, etc. Creemos que la forma en que este adulto estaba alerta a las necesidades del niño/a, fue un elemento importante que tuvimos que ir regulando.

Con el tiempo fuimos viendo que era fundamental que nos viéramos de cuerpo entero y en movimiento por el espacio de cada uno.

Expresión de sentimientos de enojo/tristeza:

Dos grandes problemáticas surgían en los niños, explícitas o implícitas:

- Comprender el por qué del aislamiento: “¡No entiendo nada del Coronavirus!”
- Comprender la imagen virtual desde el encuentro intersubjetivo: “No entiendo nada de que estén allí!”

La mayoría de los niños ya habían tenido experiencias de encuentros por videollamadas esporádicas, con familiares. Pero estas videollamadas de hoy, son otras. Son la única forma de encontrarse con maestros, compañeros, terapeutas, familia. Y eso agrava la sensación del niño de cuál es el mundo real... éste del aislamiento con mi familia entre las paredes de mi casa y saliendo esporádicamente al parque desolado, o aquel mundo de afuera tan importante (escuela, compañeros, abuelos, fiestas de cumpleaños, salidas al parque) que resulta que ahora se concentró, se achicó en tamaño, se congela y se descongela según la conexión a internet, y que en definitiva para muchos niños/as está adentro de una pantalla.

Juegos de Aparecer-desaparecer

Más tarde comenzaron los juegos de aparecer desaparecer, donde muchas veces eran las madres quienes nos ayudaban diciendo: “Diego se fue. Hoy no vino”. Y nosotros demostrábamos una gran preocupación, luego y de un salto aparecía Diego riendo porque nos había engañado!.

Estos juegos fueron y siguen siendo muy importantes, no sólo por lo que significan en el desarrollo de un niño, sino porque permiten jugar con los límites entre realidad real y realidad virtual, permiten jugar cognitivamente con el área que puede abarcar la camarita del dispositivo digital usado, con las variaciones según donde se le coloque, etc.

Estableciendo un eslabón entre el abordaje psicomotor de la sala y el virtual.

Poco a poco los niños fueron reestableciendo un vínculo de confianza y seguridad con nosotros que aparecíamos en forma constante una vez por semana.

Comenzaron a mostrar sus objetos significativos, sus mascotas, los espacios de su casa, su dormitorio, etc.

Por nuestra parte comenzamos a retomar elementos organizadores:

- rituales de entrada
- grandes momentos de la sesión
- Ritual de salida

Comienzan a aparecer juegos más organizados, y expresiones más auténticas de su sentir.

La movilización emocional en nosotros va siendo cada vez más clara, y la utilización de los parámetros psicomotores en forma equilibrada comienza a dar resultado. Evitar la exageración de los gestos corporales, de la mímica facial, es un elemento clave para no caer en algo maniaco y payasesco.

- Interacciones lúdicas (imitación, juegos de escondidas, juego de GPS, juegos simbólico)
- dibujar y escribir juntos en la pizarra de zoom
- ver juntos un video de ellos que había sido filmado anteriormente en la sala
- ver juntos un video de un animalito significativo
- Narración de historias
- Relajación

Reflexiones finales:

Si bien pensamos que el uso de las videollamadas ha sido nuestra salvación para darle una continuidad a nuestro trabajo clínico, niños y psicomotricistas, estamos deseando retornar al encuentro presencial y a nuestra sala.

En el corto e intenso trayecto recorrido hemos hecho muchas cosas que han facilitado la continuidad que sostiene la clínica psicomotriz, pero también pudimos trabajar en parte nuestros objetivos terapéuticos propuestos.

- aceptar regresiones demostradas por el niño al verse enfrentado a un encuentro virtual
- avanzar pasos lentos en el proyecto terapéutico construido luego del diagnóstico inicial
- conocer aspectos del niño y de la dinámica familiar, de su vínculo con sus padres y hermanos, de los objetos de su vida cotidiana. Todo esto no hubiera sido posible desde el consultorio.

- Conocer nuestro esfuerzo, compromiso y creatividad para comprender cómo dar continuidad a nuestro vínculo intersubjetivo para que surgieran elementos genuinos de ese niño expresando sus angustias, conflictos, logros, placeres.

Es gracias al apoyo constante del grupo de colegas que conformamos en forma desinteresada y solidaria, que estamos pudiendo sostenernos y reinventarnos como psicomotricistas en tiempos de pandemia. Mi sincero agradecimiento a todo este entrañable grupo. A continuación me gustaría relatar algunos de los encuentros virtuales con Felipe, de 7 años.

“¡No entiendo nada!”

Trabajo en la sala desde hace años junto al psicomotricista Juan Luis Aguiar. El trabajo con una pareja de psicomotricistas, está dando muy buenos resultados en los niños, sobre todo cuando trabajamos con grupos. Los padres son quienes nos devuelven la importancia que tiene para los hijos la presencia tanto de Juan como mía. Los pacientes a los que me referiré a continuación cuentan entre 6 y 9 años. Todos consultaron por presentar alteraciones en su modo de ser y estar corporal así como en su proceso de socialización, de buen potencial intelectual y sin daño neurológico demostrado. No ahondaré en el tipo de angustias, ansiedades ni en la estructuración psíquica pues para mi sorpresa las reacciones de los diferentes niños frente al encuentro virtual/digital, resultaron impredecibles a mis hipótesis diagnósticas.

Retomábamos por primera vez en forma virtual nuestros encuentros con Felipe de 7 años. Hacía dos semanas que nos habíamos encontrado por última vez en la sala de psicomotricidad, junto a su compañerito de grupo. Según nos contó la mamá, desde la mañana estaba ansioso y contento pues nos íbamos a encontrar. Nos recibió muy inquieto, con un canasto lleno de objetos que nos fue mostrando con mucha impulsividad: un robot, una espada, un escudo, etc. En numerosas oportunidades se iba por diferentes espacios de la casa, dejándonos solos en el fino espesor de la pantalla. Luego de algunos segundos volvía, para nuevamente mostrarnos algún muñeco de acción, al que movía y hacía hablar a los gritos resultando incomprensible sus palabras. En ningún momento pudo sentarse frente al monitor, iba y venía en forma intermitente por los distintos espacios de su casa, como si nuestra imagen en la pantalla le resultara insoportable.

Cuando nos fue posible comenzamos a hablar acerca de cómo nos estábamos sintiendo. De pronto Felipe gritó con todas sus fuerzas: “No entiendo nada!!!” Le preguntamos qué no entendía, y nos dijo: “No entiendo nada del coronavirus”. Nos pareció muy bueno que pudiera decirlo, pues no se estaba refiriendo a las explicaciones que le habían

dado los adultos sobre el coronavirus, sino a su angustia y seguramente a la de su entorno, a la de nuestro entorno. Hablamos sobre lo difícil que era todo lo que estábamos viviendo, encerrados en casa, no pudiendo ir a la escuela, ni a la sala de psicomotricidad. Nos dijo que él quería jugar a las luchas que jugaba en la sala. Se puso a realizar gestos de luchas, rápidos, intensos. Lo imitamos y jugamos un rato gestualmente. Evidentemente era imposible jugar a las luchas en forma virtual, con el placer que provoca el uso del cuerpo, el contacto corporal, el uso y la regulación de la fuerza ejercida sobre el otro, el juego de miradas y gestos danzando entre los guerreros, la alegría o la frustración de quien gana o pierde la lucha. Nuestra lucha virtual había resultado insulsa y falsa, y eso que habíamos hecho el mayor de nuestros esfuerzos.

De pronto volvió a gritar: “No entiendo nada de que estén ahí” señalando la pantalla. Felipe estaba enfrentándonos a preguntas difíciles de responder: ¿Qué es el coronavirus? ¿Qué es una imagen virtual? ¿Por qué no estamos en la sala?

Son esas expresiones que nos ayudan a mover nuestras neuronas espejo, y a sumergirnos empáticamente en el mundo interior del niño, navegar por dentro de sus sentimientos y pensamientos, tratar de contenerlo y demostrarle que estamos a su lado intentando comprender junto con él. Pero no era fácil responder a sus preguntas en ese momento. Fue entonces que se me ocurrió agregar al padre de Felipe a la videollamada, tal vez en la búsqueda de un tercero que ayudara con la difícil situación en la que estábamos. El padre se encontraba trabajando con dos monitores solucionando la compra masiva de tapabocas para una gran empresa. A pesar de eso, nos atendió con mucha disponibilidad. Ya éramos cuatro tratando de pensar en el coronavirus y el uso de internet como único modo de ser-estar con otros durante la pandemia.

En las sesiones siguientes fue permaneciendo más dentro de su dormitorio que era donde estaba la pantalla y dentro de ella nuestra imagen. ¿Nuestra imagen? O ¿Nosotros achicados, cada uno en su casa, aplanados, inaccesibles?

Será que tendremos que agregar dentro de los parámetros psicomotores la “relación del cuerpo con”, las imágenes que llamamos virtuales? Confieso que me cuesta decirlo pero he estado pensando seriamente que cuando volvamos a la sala, incluiré dentro de las diferentes instancias del diagnóstico psicomotor una observación por videollamada. Es tan diferente y rico, lo que se puede observar del niño, de su familia y de nosotros mismos, que no quisiera que perdiéramos lo que se descubre en esta instancia virtual.

Días después una mamá me comenta que dado que su niño de 6 años comenzará a tener videollamadas con la maestra de clase y sus compañeros durante una hora por día, decidieron como familia practicar entre ellos, haciendo un encuentro por zoom. Cada integrante de la familia se ubicó con un dispositivo digital en habitaciones separadas y se conectaron. El niño, al que llamaremos Rodrigo, no pudo permanecer en su

dormitorio frente a la pantalla viendo dentro de rectángulos separados e inconexos, la imagen de su hermana, de su mamá y de su papá. Comenzó a ir y venir a gran velocidad desde su dormitorio al escritorio de su madre. Se detenía se miraba en la pantalla junto con su madre en un mismo rectángulo, y corría a su cuarto a ver qué le deparaban los rectángulos. Tal vez Rodrigo, buscaba encontrar aunque sea una “estela fugaz” de su reciente imagen en el rectángulo superior derecho junto a su mamá, o su sola imagen cuando volvía con ella. Se preguntaría: ¿qué es lo que queda de mí cuando me voy de la pantalla? ¿dónde puedo encontrarme?

Cuando la madre me lo comentó me imaginé, tomando la teoría piagetiana, el gran esfuerzo que realiza un bebé para ir construyendo la permanencia de objeto, para descubrir que los espacios subjetivos conforman un mismo espacio objetivo. Rodrigo necesitaba entender. ¡No entendía nada como Felipe! También recordé el trabajo con un paciente con autismo, que vivía la fragmentación de la realidad de una manera enloquecedora. Gritaba en la boca de un túnel hecho de prismas, y luego corría a buscar en el otro extremo del túnel su propia voz. Angustias primarias movilizándose, apareciendo de diferentes formas, según cada caso.

Días después en el grupo de Psicomotricistas Uruguayos por Covid19, así lo llamamos, una colega comentó el sueño de un niño. “De pronto se encontraba en el recreo de su escuela. El coronavirus se había ido. En el recreo estaban todos sus compañeros, pero ninguno tenía cuerpo” Me los imagino como cabezas andantes, ¿sueño o pesadilla?.